

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECADO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

Madrid: Tres meses 3 rs., seis 10, y un año 30.
 PROVINCIAS: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 54.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 54.
 AMÉRICA: Seis meses 28, y un año 70.
 FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

Administración.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE PUEDE SONAR

PRIMER CONCIERTO DE BARBIERI.

Decir que el concierto verificado el lunes último fué una magnífica solemnidad musical, sería decir lo que todo el mundo sabe.

Decir que Barbieri fué unánimemente aplaudido y dió á conocer una vez más su talento y su buen gusto artístico, sería decir lo que dice cualquiera, tratándose de un maestro tan popular.

Decir que los ejecutantes cumplieron como buenos, sería decir lo que cualquiera presumía, porque estando al frente de estos conciertos el señor Barbieri, no había de formar una orquesta de profesores de la murga, sino de los más notables y acreditados.

Decir que fué numerosa la concurrencia, sería una tontería, después de saber que con dos días de anticipación no había ya billetes.

Decir que era escogida, sería seguir la rutina emplear una de esas frases periodísticas que nada significan, como por ejemplo, decir que allí estaba reunido lo mejor de lo mejor de Madrid, que es inferir una ofensa al público que no asistió, ó por falta de billete, ó por ocupación perentoria, ó por falta de gusto, que no es raro que haya muchas gentes sin gusto en estos tiempos de política á todo pasto.

Decir que había muchas mujeres bonitas, sería decir lo que todo el mundo sabe; también las había feas, que cada cual es como Dios le ha hecho, y á las feas y á los feos no se nos puede prohibir la entrada en ninguna parte.

Lo que hay que decir es que el señor Barbieri hará un gran servicio á la sociedad, si logra al fin, que si logrará, aficionar á la buena música, no solo á la clase ilustrada, sino á la clase pobre. En otro local más grande, destinando una gran parte de él á esa honrada y meritoria clase, y haciéndola pagar una mínima cantidad, y por último, intercalando entre las obras musicales de gran importancia artística, piezas puramente populares,—que tan bien sabe hacer el señor Barbieri,—podría conseguir que los que se mueren por los toros, y no tienen otra distracción que honrar con su presencia las innumerables tabernas que, para mengua nuestra, hay en la villa, acudieran á oír música, que es una distracción provechosa, honesta y moralizadora, y la prefiriesen á los toros, á la taberna, al juego y á las malas compañías, y á la política.

El señor Barbieri que, además de ser un gran maestro músico, es un hombre honrado deseoso del bien de su país, tomará en cuenta seguramente esta indicación nuestra.

Y ahora permítanme VV. que ponga á continuación algunos diálogos cogidos al vuelo en el concierto del lunes.

—Hija, esto está brillante.

—Allí están las de M... la marquesa del Pico...

la baronesa.... la del duque del Cerrojillo....

—¡Cómo se viste esa mujer!... Yo no sé cómo se lo permite el duque....

—Allí está ahora el duque.... ¡Jesús! Parece un botijo.

—¿A quién saludas?

—A la de R.... que está en aquel palco... á la derecha.... ¿Cómo había de faltar?... ¡Jesús! ¡qué capota trae tan horrible!... ¡No andará muy lejos el diputado!...

—¡Qué! ¿ahora es un diputado?...

—Sí, uno que es muy amigo de mi marido, compañero suyo de correrías....

—¿Qué es lo que van á tocar?

—La *Overtura* de la Exposición de Londres.

—Allí vamos á ir este año mi marido y yo á dejar á la niña en un colegio, porque, hija, aquí no se puede educar á los niños, y tenerlos en casa es un fastidio....

—¿Ha estado V. en el Congreso?...

—Nó; hace tres días que no voy mas que para entrar y salir. Ahora que se ha votado ya lo de la imprenta, iré algun rato.

—Ya se tentarán ahora la ropa los periódicos.

—¡Hombre! era preciso atarlos corto.... El otro día dijo uno que yo no dije nada en mi discurso....

—Y estuvo V. hablando dos horas.

—Ya ve V.... Ahora ya se irán con tiento.

—Y aquí, ¿qué hay?...

—Ya lo oye V., música.... ¡Mire V. qué rubia aquella!...

—Guapa es: la que á mí me gusta es aquella morenita de las pecas que está en el palco aquel....

—¡Buena hembra es!... El marido sí que es antipático.

—Y hoy trae las pecas en otro lado....

—¿Qué es esto que cantan?

—*Panis angelicus*.

—Como si dijéramos, el pan de los angelicos.... ¿Sabe V. que Rios Rosas está cada vez más furioso con el Gobierno?...

—Con los Gobiernos está siempre furioso todo el mundo, y los Gobiernos furiosos siempre con todo el mundo.

—Di, papá, ¿qué quiere decir *andante con variaciones*?...

—Hijo, *andante con variaciones* es la política, que no *anda*, y aunque *varía*, siempre viene á parar al mismo tema, al Presupuesto.

—Ahora van á cantar las señoras el coro de *Gli Oraci é Curia*.

—¡Ah! ¡sí! *Horacio el de la coraza*.... Es una ópera muy bonita.

—¿Te gustan á tí estos conciertos?

—Sí, hija, todo el mundo viene....

—¿A quién mira tu marido con los gemelos?...

¿Al que toca el violon?...

—Mirará acaso á alguna corista.... Es muy aficionado á las tablas.

—Este *allegro* de la sinfonía en *la* es cosa buena.

—¡La!... Esa ópera no la han hecho todavía en el Teatro Real.

—¡Qué bonito!... Parece que lloran los violines....

—¡Qué guapo es aquel que toca el violín allí, cerca del director!

—Ahora va el *Allegretto*.

—¿El *Allegretto*?... Tampoco he oído yo esa ópera.

—¿Que será el *Scherzo de idem*?

—Eso sí que no lo sé.... Ya se lo preguntaremos á Juanito, que toca el piano en el café de la Selva.

—Esta noche tenemos que ir; y eso que ponen tan poca manteca en las tostadas....

—Hija, yo creía que esto era otra cosa....

—Yo también creía que iban á representar.

—¿Sabes que hay mucha gente?... Caballero, haga V. el favor de poner el codo en otra parte....

—Señora, como está esto tan estrecho....

—En cuanto me tropiece otra vez, me parece, hija, que le voy á volver un....

—Métele un alfiler....

—Cállate, hija, que nos mandan callar....

—¡Jesús! ¡qué humo! ¡qué peste de hombres!... Siempre con el cigarrazo en la boca!... ¿A qué les sabrá esa porquería?

—Señorita, es V. divina.

—Mamá, ¡qué bonita música!....

—Déjame, hija, que estoy encantada.

—Barbieri tiene mucho talento.

—¡Ay! ¡un hombre así querría yo para tí!...

También tu papá era muy músico, y tenía un oído que, como él decía, ni el de un cañón.

—Es V. encantadora.

—¡Jesús! ¡qué calor hace, mamá!... Siempre me ha sido muy simpático Barbieri,

—¡Ay! señorita, ¡quién fuera Barbieri!... ¿Dónde vive V., señorita?...

—Calla, calla, hija, que parece que aquel tiene dentro de la flauta un nido de ruiseñores.

—Ese es Sarmiento.

—Sarmiento es V. conmigo, señorita, que ni se digna contestarme.

—Caballero, le va á V. á oír mi mamá.

—¿Para qué ha traído V. aquí á su mamá?... Yo nunca traigo la mía.

—¿Cuándo cantarás tú así en un concierto, hija mía?...

—Con el tiempo, mamá.

—Me parece que en tres años que llevas de Conservatorio....

—¿Está V. en el Conservatorio, señorita?... Mañana me matriculo para aprender á tocar el contrabajo.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!
 —Niña, ¿de qué te ríes?... ¿No ves que aquí nadie se ríe?...
 —Mamá, es que este caballero....
 —Mira, pásate aquí, á mi sitio.
 —¿Quiere V. pasar al mio ahora, respetable señora?...
 —Caballero, yo no tengo que ver con V.
 —Ya lo creo que nó. ¿Le gusta á V. la música?
 —Cuando vengo aquí, no será porque me disguste.
 —Tiene V. una hija muy bella.
 —Sí señor, á Dios gracias.... Ahora se ha quedado muy desamparada.
 —Yo también, no soy mi sombra.
 —¿Pues qué padece V?
 —Del corazón.
 —Mi esposo también padecía mucho del corazón.... pero como le visitaron todos los médicos, se alivió mucho, y á no ser porque se murió, viviría hoy como si tal cosa.
 —Tiene V. una hija que es una perla.
 —¿Es V. de Madrid?
 —Nó, señora, de Córdoba.
 —¿Habrá V. venido á estudiar?
 —Nó, señora, yo no estudio; no he de ser ministro de Hacienda....
 —V. no me es desconocido.... V. pasa mucho por la calle de la Palma.
 —Sí, señora, allí vivo....
 —¡Ay! ¿en qué número?...
 —En el 11.
 —Nosotras en el 8.
 —Allí tiene V. una casa á su disposición, digo, yo estoy de huésped, pero lo mismo da.
 —Gracias, la nuestra ya la sabe V.

—Dí, Juana, ¿cuándo empieza la función?...
 —No sé, chica; hasta ahora no han hecho mas que tocar....
 —Yo no sé dónde van á bailar los caballos.
 —Como dijeron que era una función tan bonita, compré las dos entradas; pero yo creía que era otra cosa.
 —Si á lo ménos hicieran juegos de manos...
 —*Mia tú* qué trabajo les costaba tocar aunque no fuese mas que unas habaneras.
 —Marquesa, ¡qué tarde tan deliciosa!
 —Es preciso que cantemos en casa una noche *El Tyrol*. Ya puede V. decirselo á los amigos.

TODOS LOS ESPECTADORES AL SALIR.

No faltaremos al segundo concierto. Esto es para los inteligentes lo mejor, y para los no inteligentes una cosa buena.

LAS MADRES.

I.

Creo que muchos de mis lectores no podrán ménos de estremecerse con solo leer el título del presente artículo, y que muchos otros sentirán humedecerse sus ojos con las tristes lágrimas de los recuerdos.
 Los recuerdos son como las ideas, que hay ocasiones en que nos persiguen de una manera tenaz, y tan pronto nos deleitan como nos martirizan.
 Los recuerdos nacen del corazón ó de la cabeza, y en cualquiera de los dos casos son una lucha que sostiene nuestra memoria con la felicidad ó la desgracia del tiempo pasado.
 Los recuerdos tienen poder bastante para entristecernos si estamos alegres, para alegrarnos si estamos tristes.
 Son el espejo en que se retratan hasta con sus menores detalles los acontecimientos del día de ayer, el encanto de las esperanzas perdidas y el dolor de los desengaños.
 Los recuerdos poseen el privilegio de hacer reflexionar al hombre más indiferente y á la mujer más frívola.
 Los recuerdos constituyen una gran parte de nuestra existencia, y hay muchísimas personas que solo viven de recuerdos.
 La cosa más insignificante y más pequeña suele permitirse descender el velo del olvido, presentándonos una interminable serie de recuerdos.
 El color de un vestido.
 El canto de un pájaro.
 El murmurio de un arroyo.
 La voz de una mujer.
 Una melodía, un eco, una flor, un suspiro, todo, absolutamente todo, puede llevar un recuerdo á nuestra memoria.
 Pero entre todos los recuerdos no hay ninguno que pueda compararse con el que se despierta en el corazón del hijo que ha perdido á su madre.
 Es una confusa mezcla de placer y de dolor.
 Es un recuerdo que participa del encanto de la alegría y de la angustia de la tristeza.

Es un recuerdo que no tiene semejanza con nada de cuanto conocemos, porque es una madre la que lo inspira, y las madres solo se parecen á sí mismas.
 Ignoro, queridos lectores, si conseguiré dar cima á lo que me propongo.
 El asunto de que me voy á ocupar es tan grande, y tan delicado, y tan magnífico, que no sé cómo tratarle.
 Pero arrojar la pluma despues de haber trazado las primeras líneas, no cuadra tampoco á mi deseo.
 ¡Quién sabe si al escribir este artículo trato de dejar cumplida una necesidad de mi corazón!
 Y en semejante apuro, ¿qué es lo que debo hacer?
 Lo que debo hacer es seguir escribiendo, en la confianza de que en esta ocasión no me negarán mis lectores la indulgencia de que tanto necesito.

II.

Así como en la mansión de los ángeles, en la morada celeste, donde la luz no muere nunca y donde los escogidos por el Señor unen sus voces á las de alados querubines para entonar himnos de alegría, no hay nada tan admirable ni tan sorprendente como la grandeza de Dios, así en este mundo de miserias, en este valle de lágrimas y de dolores no hay nada tampoco más digno de llamar nuestra atención que ese sér lleno de inmensa ternura que se llama madre.
 La mujer más superficial y más dada á veleidades, á tonterías, prescinde por completo de sus hábitos y de sus inclinaciones, y entra en cuentas consigo misma para saber lo que más le conviene, desde el momento en que llega á ser madre.
 No es posible apreciar ni comprender todo clamor que se desarrolla en el corazón de la mujer, cuando por primera vez estrecha contra su seno al hijo de sus entrañas.
 ¿Quién sería capaz de arrancar al hijo de los brazos de la madre?
 Tratad de arrebatár al águila sus polluelos, ó sus cachorros á la leona.
 El amor de las mujeres que llegan á ser madres, no es un amor terrestre, es un amor que tiene mucho de divino.
 Es el amor que conduce al sacrificio con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el alma.
 Porque las madres se sacrifican siempre por sus hijos.
 La abnegación es el distintivo de todas las madres.
 ¡Con qué cariñosa solicitud acuden á llenar hasta las más pequeñas necesidades de las prendas de su corazón!...
 No hay madre que no crea que sus hijos son los más hermosos, los más inteligentes, los más buenos.
 No hay madre que no se encuentre dispuesta siempre á disculpar las travesuras de sus hijos.
 Los padres suelen conocer los defectos de los hijos: las madres no los conocen nunca.
 Cuando un padre se muestra airado, y reprende y castiga al hijo que ha cometido una falta, la madre es la que sufre de una manera horrorosa, y concluye, casi siempre, por arrostrar la cólera de su esposo.
 ¿Qué madre deja de salir á la defensa de su hijo?
 Y cuando la madre y el hijo quedan solos, la primera no puede ménos de reconvenir al segundo; pero lo hace generalmente de una manera tan especial, tan dulce, tan encantadora, que las palabras que le dirige á todo se parecen ménos á una reconvención.
 La madre, despues de contemplar un momento á su hijo, le dice sin dejar de acariciarle: —«¿Por qué das lugar á que te reprenda tu padre?—¿Por qué angustias mi corazón?—¿Por qué martirizas á tu pobre madre?»
 Las madres no saben reñir á sus hijos; solo saben amarlos.
 Será tal vez una debilidad del corazón materno; pero es una debilidad con la que viven muy á gusto todas las madres.
 Los padres son los primeros que no comprenden cuán grande es el amor que se oculta en el corazón de la madre ménos tierna y ménos cariñosa.
 Por eso más de un marido exclama con frecuencia, dirigiéndose á su mujer: —«Estás echando á perder á tus hijos.»
 O lo que es lo mismo: —«Tu amor les perjudica; no les amas tanto.»
 Lo cual, aplicado á una madre, equivale á decir: —«Prescinde de cuanto te es grato en el mundo; renuncia á la felicidad que te viene sonriendo sobre la tierra.»
 Pero no habrá una sola madre que ante semejante exigencia no repita interiormente: —«¿Cómo he de amonorar el cariño que tengo á mis hijos, si todavía no les amo todo lo que debo?»
 Pedid á una madre toda clase de sacrificios; sometedla á las pruebas más duras y más terribles, pero no le digais, ni aun en broma, que ama demasiado á sus hijos.
 Hay ciertas bromas que las madres no las toleran nunca.
 La presencia de los hijos es el consuelo de las madres.
 El amor de las madres es la vida, de los hijos.
 Si estuviera en nuestra mano privar á las madres del cuidado de atender y de amar á sus hijos, las madres quedarían suprimidas.
 ¿En qué se habrían de ocupar el día en que no pudieran cumplir con tan amorosos deberes?

III.

¿Qué triste aparecería el mundo si no estuviera embellecido con el amor de las madres!
 Porque ¿qué no es capaz de embellecer el amor de la mujer que recoge nuestro primer suspiro y dirige nuestros primeros pasos?
 ¿Hay algo más sublime y delicioso que el amor de la mujer, que no tiene otras alegrías que nuestras alegrías ni otras tristezas que nuestras tristezas?
 ¿Existe algo parecido á la mujer que llega á sacrificarnos su tranquilidad y su vida?
 Registrad hasta el último rincón del mundo, y no ha-

llareis, de seguro, otra cosa que, por su valor, sea digna de figurar al lado de una madre.

El amor de la madre es el único verdadero, porque es el único desinteresado.

De la abnegación y de la ternura se formó el amor de las madres.

Los niños no equivocan nunca á su madre con ninguna otra mujer.

La primera sonrisa de un niño es para su madre, porque las madres son la Providencia de todos los niños.

Una madre que padezca física ó moralmente, tiene por fuerza que pensar más de una vez en sus padecimientos ó en sus penas.

Pero supongamos que un hijo de esa misma madre tiene la desgracia de caer enfermo.

Entonces se verifica una completa transformación, un verdadero milagro; la madre se pone buena.

¡Ahí tenéis lo que es una madre!...

Aquella madre recobra de repente todas las fuerzas perdidas, y lo olvida todo para pensar únicamente en el hijo de su alma.

Ciertos cuidados solo pueden ser confiados á una madre.

Por otra parte, ¿quién puede considerarse con mejor derecho que una madre para velar junto á la cama del hijo enfermo?

Aquel es el sitio que la pertenece.

Dentro de la alcoba del enfermo encuentra la madre la mejor de sus delicias y la mayor de sus complacencias.

Allí pasa días y días, siempre con la mirada fija en el hijo y con la palidez de la muerte retratada en el semblante.

No se permite ni un solo momento de descanso, porque está tan convencida de lo necesaria que es su presencia, que no se aviene á ser relevada por otra persona.

Ella es la que suministra al enfermo todas las medicinas, la que le arregla las almohadas y la que le dirige palabras de amor y de consuelo.

Ella es la que observa constantemente, y retiene despues en su memoria, hasta los más pequeños síntomas de la enfermedad, y la que, cuando el hijo duerme, no se atreve ni aun á respirar, temerosa de despertarle.

Ella es la que se entiende en todo y para todo con el médico, á quien abruma á preguntas, siempre con el deseo de recoger una esperanza.

Ella es, en fin, la que sufre real y verdaderamente, porque las penas ó los dolores de los hijos se ceban, por lo regular, en el corazón de las madres.

Y supongamos que el hijo triunfa de la enfermedad, —porque suponer otra cosa sería clavar un agudísimo puñal en el pecho de la madre,—supongamos que el enfermo entra en el período de la convalecencia, y tendremos entonces una nueva serie de cuidados y de atenciones para la pobre madre, que tratará de evitar á toda costa una recaída que destruya de un solo golpe la mejor de sus esperanzas.

Aquella madre, como todas, no conoce otra ambición que la de salvar á su hijo.

¿Quién es capaz de saber hasta dónde llega la abnegación de una madre?

Pero las madres no acostumbran á dar importancia ni á los sacrificios que hacen, ni á las privaciones que se imponen.

Yo creo que las madres no deberían morir nunca. Los hijos constituyen el embeleso constante de las madres.

Las madres solo tienen ojos para recrearse en sus hijos.

Porque como ha dicho muy bien mi discreto y querido amigo Antonio Trueba,

«los hijos son el espejo en que las madres se ven.»

IV.

¿Qué es lo que produce mayor pena y más hondo sentimiento, la memoria del bien perdido ó el carecer siempre y por completo de semejante bien?

¿Es preferible la desgracia del ciego de nacimiento, que jamás admiró la luz del sol, á la que experimenta el que ha perdido la vista despues de haber gozado del espectáculo magnífico que presenta la naturaleza?

La contestación á estas dos preguntas no puede ser más difícil.

Es una dificultad muy parecida á la que encontraría el que tuviera que contestar á la siguiente:

La suerte del hijo que no ha conocido á su madre y no ha disfrutado, por consecuencia, de sus tiernos cuidados ni de sus amorosas caricias, ¿es ménos triste que la del que ha quedado huérfano en edad en que podía apreciar todo lo que valía la mujer que le había dado el sér?

Yo no me atrevo á contestar á esta pregunta.

No me es posible dar mi opinión sobre el particular. Someto el asunto al buen juicio de mis lectores, y estoy seguro que no lograrán nunca ponerse de acuerdo.

¿Qué es una madre?... He aquí la gran dificultad.

El día en que consigamos dar contestación á esta pregunta, el problema quedará resuelto.

Entretanto, tenemos que limitarnos á amar á las madres, como amamos á Dios, cuya sublimidad y grandeza no comprendemos.

He dicho ya que las madres solo se parecen á sí mismas, y lo repito, porque conviene tenerlo muy presente.

Un hijo comete las mayores calaveradas, y hasta llega á ser ingrato para con su madre, sin que la madre, por virisimo que sea el dolor que experimente su corazón, pueda dejar de ser lo que fué siempre para su hijo.

La conducta depravada de un hijo puede ser causa de que su padre le maldiga; pero de los labios de la madre solo saldrán palabras para bendecirle.

No habéis á las madres de la maldad empleada por el infante don Juan, hermano de don Sancho, llamada

el Bravo, y que dió por resultado la heroicidad de Guzman el Bueno, porque solo conseguirías llenarlas de indignación.

Pero decidias que algunos años antes del memorable sitio de Tarifa, en tiempo de don Alonso el Sabio, padre del mismo don Juan, cuyo pérfido infante desempeñó también en la época de que voy hablando el papel de protagonista, el hijo de la alcaidesa del Alcázar de Zamora se vió amenazado de sufrir una muerte tan horrible como la que recibí el de Guzman el Bueno, y solo debió su salvación á que la alcaidesa, comprendiendo el heroísmo y el amor á la patria de una manera completamente distinta de como lo comprendí despues el ilustre defensor de Tarifa, se apresuró á entregar al enemigo las llaves de la plaza ántes que consentir tocaran á un solo cabello del hijo de su corazón. Decidias esto, y las oíreis exclamar con noble orgullo:

—«¡Así es como obran las madres!»...

Pero es muy sensible verdaderamente el que hasta las cosas más puras y más delicadas tengan sus correspondientes excepciones.

Aunque pocas, muy pocas, existen en el mundo algunas mujeres, —y advertid que no me atrevo á llamarlas madres,—que hacen con sus hijos lo que de seguro no se atreverían á hacer con los suyos ni los salvajes ni las fieras.

Semejantes mujeres no merecen otro nombre que el de infames madrastras con sus propios hijos.

V.

Antes de soltar la pluma, necesito pedir os perdon, queridos lectores.

Siento dentro de mí algo que se parece mucho á un remordimiento.

Mi falta, que de seguro me perdonareis, consiste en haberos engañado.

Este artículo no le he escrito para vosotros: le he escrito para mí.

Este artículo es un quejido de mi corazón, una lágrima de mi alma, un suspiro dolorosísimo que, envuelto en el más puro de los recuerdos, envío á la que fué en el mundo para mí la mejor y la más cariñosa de las madres.

Por eso empecé hablando de recuerdos, puesto que únicamente los recuerdos vienen á ocupar de cuando en cuando el inmenso vacío que hay en mi corazón, vacío que quisiera llenar, pero... no puedo.

Tal vez alguno de mis lectores comprenda toda la verdad que se encierra en las últimas líneas.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

LA VIDA DE UN POBRE DIABLO

(QUE ES LA DE MUCHOS POBRES DIABLOS.)

El hombre es, desde que nace,—porque ántes de nacer no pueda serlo,—humilde servidor de las circunstancias.

Entré en este mundo con gran trabajo, y con los pies torcidos, y un pellizco en una pantorrilla que todavía se me conoce, porque el cirujano que asistió á mi mamá era un zopenco, lo cual no impidió que mi padre le pagase mi parto, digo, el suyo, digo, el de mi ma-

dre, con toda la prodigalidad de quien desea tirar la casa por la ventana, porque le ha nacido un hijo.

Mi nodriza me encanijó, porque la maldita estaba en cinta, y me dejaba á mí como un hilo. Cuando tenía que salir de casa,—debo advertir que me criaba fuera de la mia,—me ataba en la cama como si fuera yo un malhechor, y si cuando volvía me veía llorar, que lloraba yo mucho para entretener el hambre, en lugar de darme de mamar, me daba azotes.

Sali del poder de mi nodriza; pero esta me quería tanto, que iba á casa de papá frecuentemente á verme, y á ver si caía algo. Cuando iba, mis padres me obligaban á abrazarla y á besarla, porque decían que era mi segunda madre. Yo me desgañaba, pero mis padres decían que mis lágrimas eran de reconocimiento á aquella buena mujer.

Mi madre quería que la amase también, cosa muy natural y puesta en el orden; pero juzguen VV. si era esto posible.

Cuando me caía y me hacía un chichón como un huevo en la frente, mi madre me plantaba media docena de azotes, como si el chichón no fuera bastante castigo de mi falta, si había falta en darme un porrazo.

Mi madre disponía despóticamente de mi estómago. Cuando despues de comer decía yo que tenía hambre, mi madre aseguraba que no era verdad; y si por casualidad cogía yo algo de la cocina ó de la despensa, me plantaba otra media docena de azotes, para evitarme una indigestión.

Por Noche-buena los amigos de mis padres me regalaban juguetes más ó menos bonitos; yo los devoraba con la vista, porque me estaba prohibido tocarlos para que no los rompiera. Mejor hubiera querido no tenerlos, y así me hubiesen evitado la tentación. Si alguna vez, no pudiendo resistir, cogía furtivamente un muñeco y lo rompía por la curiosidad de ver lo que tenía dentro, mi madre me aplicaba la media docena de costumbre y me hacía acostar.

Cuando me daba gana de reír, cantar ó alborotar, mi madre me lo prohibía porque le dolía la cabeza, y si me distraía y seguía cantando, no me libraba de la azotina.

Si me estaba en un rincón, triste, con los puños en los ojos, receloso y gruñón, mi madre acababa por darme lo consabido, sin duda para que me alegrara.

Mi pobre madre murió. Yo era un chico, y el sentimiento que tuve no fué muy grande, que no se sabe lo que vale una madre hasta que uno es hombre; pero tampoco mi padre lo sintió gran cosa. Sin embargo, en el primer mes, mi padre me tenía sujeto siempre á su lado, porque venían muchas personas á darle el pésame, y el viudo y el huérfano formábamos un grupo muy interesante. Cuando, cediendo á la fatiga de estar las horas muertas al lado de mi padre sentadito, me dormía delante de la gente, mi padre, sin volver la cabeza, tristemente apoyada en la palma de la mano, sin mover sus ojos tiernos clavados en el suelo, me arriaba con disimulo un pellizco soberano con la mano de que podía disponer. Despertábame llorando, y las visitas admiraban la fuerza del recuerdo de mi madre y mi profunda sensibilidad, que me sorprendían en medio del sueño.

Mi padre me dió un maestro que me enseñase á leer, pero yo no ponía mucho cuidado, como que en-

tónces saber leer era para mí cosa de poca importancia; el maestro, que no creía lo mismo, estaba autorizado por mi padre para castigarme, y me daba cada azotazo que valía un duro.

Al fin, aprendí á leer, á escribir y las cuatro reglas.

Mi padre, continuando mi educación, me puso á aprender latín.

Yo no comprendía la necesidad de aprender una lengua que no habla nadie; no veía yo qué tenía que ver con Cicerón y otros autores, y el maestro, en lugar de convencerme con la palabra, me convencía con el azote.

A los diez años me puso mi padre en un colegio. Si hablaba con mis compañeros ó soltaba la carcajada, me daban azotes ó me dejaban sin comer. Cuando el profesor nos dejaba jugar, si á otro chico más grande que yo le hacía alguna gracia, como ponerle un rabo ó echarle la zancadilla, me valía esto sendos cachetes, y si el chico más grande me hacía á mí algo, tenía que sufrirlo y callar, y si no, me pegaba más mi compañero, y la función concluía por la intervención de las disciplinas del profesor.

A los diez y ocho años ya estaba yo educado, y sabía una porción de cosas útiles, de las que confieso que no sé una palabra.

Me gustaba más, no sé por qué, la sociedad de las mujeres que la de los hombres; pero tenía yo, según decían, facha de doctro, y á las mujeres no les gustan los hombres tímidos y que no se atreven á hablar ni á levantar los ojos del suelo. Tuve, pues, que alejarme de las mujeres, que me llamaban mándria, zangolotino, papanatas y tonto de la cabeza.

Gustábame tener dinero y gastarlo, y esta afición mía dió origen á que mi padre me encerrara frecuentemente.

Un día un militar se rió de mí en la calle, y me dió cuatro insolencias; yo le contesté con una bofetada de cuello vuelto, de lo mejor que se dá. Me desafió, nos batimos, y como en mi vida las había visto más gordas, el militar me plantó una estocada.

Mucho le gustó á mi padre mi valor, y me dedicó á la carrera militar. Entónces no era tan difícil como ahora obtener del ministro una charretera, y mi padre la obtuvo para mí. Una mañana me sorprendió con el nombramiento de alférez, y á los cuatro días ya estaba yo tan majo con mi uniforme y mi sable, creyendo que ya era más que todo el género humano.

A mí me gustan mucho los caballos montados por otras personas; pero cuando los he de montar yo, no me hacen maldita la gracia, y muchas veces me sucedió sufrir sendos batacazos, aunque esto no sea propio de un militar. No hay nadie que tenga á la mar más miedo que yo; pero mi padre no tenía el mismo miedo, y obtuvo del ministro que me enviase á la guerra nada menos que á América, á batirme contra enemigos desconocidos, que no me habían hecho daño alguno.

Despues de recibir dos tiros, y haber estado dos veces en peligro de morir de la fiebre amarilla, volví á la Península. Tenía yo así como ganas de casarme, y me dediqué á enamorar á una muchacha bonita y bien educada, que parecía oír con gusto la colección de tonterías que yo le decía. Mi padre se empeñó en que la chica no me convenia, porque no traía treinta ó cuarenta mil duros para dejárselos á los tres ó cuatro hijos que pudiéramos tener. No dejó de parecerme extraño

hasta el último piso; la puerta estaba abierta: los pobres no temen á los ladrones.

Y no obstante, aquella reducida casita no ofrecía el aspecto de los que viven en la escasez. Veíase desplegado por todas partes el lujo del arreglo. Los muebles eran viejos, muy viejos y antiguos; pero no los cubría ni un solo átomo de polvo. Las cortinillas eran bastas, pero blancas como la nieve, y delante del balcón se veían algunas macetas de flores.

Podíase decir que aquella casita estaba adornada con elegancia, porque la elegancia no la constituye el lujo, sino el buen gusto de la colocación y el esmero de la limpieza.

A pesar de la modestia del mueblaje, respirábase allí cierto bienestar, producido por los milagros de la economía.

Aquella habitación constaba de dos piecitas y la cocina. La primera era una sala con alcoba, donde dormían las tres mujeres, y estaban siempre estas para hacer labor; la segunda un gabinete que servía de dormitorio á Claudio y á su hermanito.

A la sazón, en la primera de estas dos piezas, veíase á una joven sentada delante del balcón cosiendo, y junto á ella á un tierno adolescente, casi pudiera decirse metido en una jaula, pues estaba sentado y rodeado de tres sillas, sin duda para impedir que se cayera. Detrás de él tenía puesta una almohada, en la cual había reclinado la cabeza; parecía dormir.

Al contrario de Claudio, el jovencillo tenía un rostro muy bello, aunque pálido y demacrado, y en aquella actitud parecía aun más hermoso. Pero el infeliz había sido atacado de un humor escrupuloso desde la niñez, y además de ser casi jorobado, tenía las rodillas tan endebles, que no podía tenerse de pie.

Nicolás no servía para nada; nada más que para llorar: ¿Por qué había venido al mundo?

En la silla que tenía delante, había un lápiz, algunos dibujos y una caja de colores.

Nicolás tenía una verdadera pasión por dibujar; pero carecía absolutamente de maestro, y aun los escasos colores y pinceles que poseía se los había regalado su hermano á costa de mil afanes. Además, su pobre cabeza estaba tan débil, y su mano tan temblorosa, que á menudo tenía que abandonar su diversion favorita para recostarse en la almohada. Esto es lo que acababa de sucederle, y por esto dormía ó aparentaba dormir, mientras su hermana cantaba, para adornecerle, una canción tierna y melodiosa. De vez en cuando la joven levantaba rápidamente los ojos de la labor, miraba á Nicolás con la tierna solicitud de una madre, y

casi siempre terminaba su observación con un suspiro.

Claudio avanzó de puntillas hasta llegar á su lado.

—Virginia, dijo en voz baja, ¿y nuestra madre?

—Ha salido, respondió la joven visiblemente turbada, pronto vendrá. ¿Pero cómo has vuelto á estas horas? ¿Hay alguna novedad?

Claudio se turbó á su vez.

—¡Nadal balbuceó; pero sus mejillas se tiñeron de púrpura.

Virginia le cogió la mano.

—¡Habla! le dijo con voz dulcísima, ¡ya sabes que yo soy fuerte! El niño duerme, la abuelita está allá dentro, ¡dime la verdad!

El triste joven necesitaba desahogar el dolor inmenso que le oprimía el corazón, soltó un suspiro y dijo con acento ahogado.

—¡Me han despedido sin piedad! ¡Me han insultado sin compasión!

—¡Gámbara!

—¡Gámbara, sí! ¡Oh Dios mío! ¡cuánto he sufrido!

¡Cuánto he sufrido al pensar en la suerte que nos espera!

Virginia se había jactado de ser fuerte; tal vez era una presunción, porque su mano tembló entre las de su hermano.

—¡Ay! ¡que no lo oiga el niño! exclamó luego con angustia.

Peró Nicolás seguía tan inmóvil como ántes, solo que, al través de sus párpados cerrados, se desbordaba una lágrima, que resbaló pausadamente por su pálida mejilla.

—¡Ay! ¡aun durmiendo llora! exclamó Claudio con planídero acento.

Hubo un momento de silencio.

—¡Y bien! ¡Dios es padre! exclamó la joven haciendo un esfuerzo para sobreponerse á su emoción. Cuando una puerta se cierra, se abren ciento. Esperemos. ¡Dios es padre!

—¡Pero es que yo he tenido la culpa! ¡Es que yo he sido flojo y perezoso estos últimos días! ¡Ay! ¡qué dirá mi madre, mi triste y desdichada madre!

—Ella repetirá las palabras de Virginia, dijo una mujer de mediana edad; pero sumamente avejentada por los padecimientos, viniendo á colocarse entre los dos jóvenes. Esperemos. ¡Dios es padre!

Esta era la bondadosa Lorenza, la que había sido modelo de las esposas, la que era el modelo de las madres, la que tenía la fortaleza y abnegación de una santa, la digna compañera del médico Martínez.

(Se continuará.)

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO PRIMERO.

(Continuación.)

El joven nunca la había visto mas que al pasar; pero se sentía atraído hácia ella por una invencible simpatía.

—Tomad, añadió Juana, que así se llamaba, poniendo en la mano del joven una moneda de plata. Es poco muy poco! ¡Pero es cuanto tengo! Os la doy para vues tra madre, añadió ruborizándose y estrechándole la mano con efusión.

Luego se separó de él rápidamente, y se dirigió á la sala.

—Oid, repuso deteniéndose en el umbral, miradme como á una madre... ¡Volved si necesitais consuelos!

Claudio llevó la moneda á los labios con respetuosa veneración.

—¡Santa limosna! dijo inundándola de lágrimas, ¡ah! ¡plegue á Dios que algun día pueda devolverla centuplicada!

Y se lanzó á la calle, estrechando contra el pecho su pequeño tesoro.

Aquel día había sido muy terrible para el infeliz; pero Dios, que no abandona á los pobres y á los afligidos, le había hecho hallar dos buenos corazones, le había hecho experimentar dos santas é inefables alegrías. Llegó á su casa.

A medida que se acercaba á ella, sus mejillas se iban enrojeciendo. ¡Cómo decir á su madre que había sido despedido, y despedido por su culpa, cuando tanta necesidad tenía de socorro! ¡Cómo decirles que solo llevaba por única esperanza aquella pequeña moneda de plata, con la cual apenas bastaba para hacer frente á las necesidades del día!

Con el corazón palpitante subió la escalera y llegó

que mi padre no me dejara casar por consideracion á mis hijos, que no habian podido nacer los pobrecitos; pero mi padre no consintió de ningun modo, me amenazó con desheredarme, y tuve que enviar mi amor á un cuerno.

Este disgusto me ocasionó una enfermedad; cuando me puse bueno, mi padre, para distraerme, llevóme á una casa donde habia gran reunion, me presentó á todo el mundo y me hizo sentar allado de una señorita, que me cargó extraordinariamente. Aquella era la futura que mi padre me destinaba. Me opuse á casarme con aquella jóven fea, pero mi padre era capaz de darme un garrotazo y de no darme un cuarto en toda su vida. No tuve más remedio que cerrar los ojos y embestir. Una mañana sali de la parroquia con mi media naranja, que estaba muy compuesta y empergilada, y más fea que un coco.

Mi mujer era una alhaja, no lo saben VV. bien; contrariábase en todo: si yo queria ir á paseo, ella al sermón; si yo á la iglesia, ella á los toros, y tenia que acompañarla siempre, porque decia que no va bien una mujer sola, expuesta á mil peligros, peligros que no debia temer mi señora, con aquella cara y con aquel cuerpo que Dios y yo sabemos que era un costal.

Siempre me ha gustado acostarme temprano, pero mi mujer queria mejor dormir de dia que de noche, y no toleraba que me acostase hasta que se le ponía en el moño, que lo tenia postizo.

Tambien he sido siempre muy amigo del orden, y he creido que en toda casa bien arreglada se debe tener de reserva el sueldo ó la renta de un año, por lo ménos, para hacer frente á eventualidades probabilisimas. Mi mujer me habia hecho el favor de traer una renta de tres mil duros, pero cada año gastaba seis mil.

Yo soy bonachon y complaciente, mi mujer voluntariosa, orgullosa é intransigente; tuvimos muchas diferencias, y para no tenerlas, me resolví á callar siempre, y es una triste suerte la de un marido que tiene, vea lo que vea, que callar en su casa.

En fin, yo quiero que todas las mujeres sean honradas; de manera que figurense VV. qué efecto me haria, que á los dos años de matrimonio, mi mujer coquearse con todo bicho viviente, que nunca faltan moscones á la mujer, por fea que la haya hecho la naturaleza.

Quejéme de estos excesos, pero mi mujer se puso furiosa, y en pocos dias rompió algunos muebles, dos espejos, un reloj magnifico, todos los platos y pucheros, y suponiendo que acabaria por romperme la cabeza, seguí callando como un muerto.

Mi padre murió, y á mi mujer, que se fué á un baile en invierno enseñando los huesos de los hombros y la espalda, se la llevó un aire que se le coló sin pedir permiso.

Pues señor, despues de haber sido víctima del comadron, de mi nodriza, que me encanijó, de mi madre, que me crugió á azotes, de mi padre, que me casó por fuerza, de mis maestros, de mis amigos y de mi mujer, lo fui del público, de mis hijos y de mis criados.

En paseo me acosan amigos, que me hablan de todo lo que no me importa; en el café, amigos que me hacen gastar el dinero; en mi casa, amigos, que algunos no sé como se llaman, que me piden dinero; en las reuniones, mujeres coquetas ó viejas insoportables; en el teatro, espectadores que están á mi lado y hablan y no me dejan oír, y en todas partes políticos insuflibles, chicos mal educados, mujeres busconas, raterillos que salen á ver quién se descuida, y en fin, todas las polillas que encuentra todo fiel cristiano en este pasadizo que se llama mundo.

Un necio me hace una visita y no puedo dispensarme de devolvérsela, porque es un hombre que se paga mucho de esas etiquetas, y tiene una lengua de hacha capaz de desacreditar á su mismo padre.

Voy á una casa donde hay *sotée* y tengo, para que no digan, que jugar el dinero, con lo que pierdo el tiempo y el dinero.

Cuando me echo á dormir, vienen visitas, ó al vecino de al lado se le antoja tocar el clarinete ó dar martillazos.

Mi sastre me viste para los demás y no para mí, porque me hace llevar la ropa á la moda, aunque la moda me cargue.

Los criados me sisan, y si los despido y vienen otros, estos me roban; de manera, que para evitar esto, tengo que pasar por aquello.

Mi hija tiene diez y ocho años, y hay cien moscones que la hacen cocos, y la escriben tonterias, y están viendo si yo me descuido. Por lo demás, mi hija, mal educada por su madre, no sabe más que ponerse moños y decir cuatro frases de sociedad.

Tengo algunos ahorros, y mi hijo da buena cuenta de ellos, contrayendo deudas que me veo obligado á pagar.

Mi hija quiere casarse, y en efecto, la caso, y á poco mi yerno me entabla un pleito, á propósito del dote de mi mujer, y tengo que seguir el pleito, y, teniendo razon, me cuesta el negocio mil disgustos y mucho dinero.

Exasperado, desesperado de vivir para los demás, y nunca para mí, quiero hacer una vez mi santísima voluntad, y para conseguirlo, tengo escrito lo que se ha de hacer conmigo cuando me muera, cómo y dónde se me ha de enterrar, qué gente me ha de acompañar, etc., etc.; entonces haré mi voluntad, porque en mi testamento digo que desheredo á mis hijos si no la cumplen fielmente.

Es decir, que en sesenta ó setenta años de vida, no habré tenido el gusto de que se haga mi voluntad hasta despues de muerto.

CASCABELES.

El otro dia refirió en el Congreso el señor Posada Herrera, con su habitual gracejo, que en cierto pueblo hallábase el alcalde en una casa de juego tirando de la oreja á Jorge, y contraviniendo por ende á la ley

como cada hijo de vecino; pero llegó á perder demasiado el bueno del alcalde, y entonces puso el baston ó la vara sobre la mesa, prohibió el juego en uso de su autoridad y.... se guardó todo el dinero que habia en la mesa.

Reflexionen VV. sobre este proceder del alcalde, y verán que es igual al de los hombres políticos cuando suben al poder.

El señor Posada hizo con ese cuento la historia de la politiquilla.

La Tertulia progresista ha costeado una corona destinada á premiar el talento dramático del autor de *Venganza catalana*.

Bien merecida la tiene el renombrado poeta.

Logogrifo.

Tengo cinco letras y encuentras en mí un hombre que nunca podrá el infeliz ninguna mentira ni verdad decir; el nombre que tiene el que fué en Madrid poder muchas veces y estuvo en Paris, y al gran imperante le hacia *tilin*; lo que ahogarte puede; lo que no es un *si* y es nota de música que da Tamberlick; lo que es uno siempre aquí y en Pekin; lo que de una bella no te gusta oír; y en el todo, veros mil años y mil quisiera, lectores, más eso, jay de mí es cosa que dudo poder conseguir.

Al fin, un diputado ha interpelado al Gobierno sobre las casas de juego.

Pero parece que las casas de juego continúan. ¿Será posible que la autoridad no pueda concluir con ellas?

Debemos pensar que quiere y no puede, en cuyo caso el Gobierno está en el caso de elegir otra autoridad que pueda.

La charadita del número anterior dice *Monja*, para servir á Dios, y el logogrífico da á VV. este consejo: — *Come y calla, vete al sol y baila.*

Pásenlo VV. bien, y expresiones á la ley de imprenta.

Ya se votó la reforma de la ley de imprenta. Los Gobiernos tienen con ella un arma de la cual harán probablemente un mal uso, lo mismo este que los demas.

Sea enhorabuena. No la aplaudimos, porque amamos á la prensa, pero no la tememos.

Para decir la verdad lisa y llana, sin insultos ni personalidades, lo mismo nos da esa ley de imprenta que otra cualquiera.

Este no es periódico de partido, y está, por lo tanto, exento de toda pasion; y á nadie odia ni envidia.

Por lo demás, bueno es decir que de que la prensa se haya excedido á veces, tienen la culpa los Gobiernos, y de que los Gobiernos traten cruelmente á la prensa, tiene la culpa la prensa misma.

Hemos leído con mucho gusto el núm. 5.º del periódico *La Imprenta*, que está discretamente escrito, como los anteriores. Esta publicacion presta un buen servicio á la buena literatura y al arte nobilísimo de la imprenta.

Tambien hemos visto el núm. 11 de *El Custodio de la Salud*, periódico de higiene, que es de suma utilidad á todo el mundo. Esta revista merece un buen éxito por la importancia de las materias que trata con mucho acierto.

Como EL CASCABEL no tiene que subir ántes al poder porque el general Lersundi esté aquí ó en otra parte, no le pesa que haya sido nombrado capitán general de la Isla de Cuba; ántes al contrario, como cree que su honradez y tino serán muy útiles para que desempeñe acertadamente aquel cargo, le desea felicidad y buen viaje, y aplaude su nombramiento.

Se ha escrito una comedia titulada *La epidemia reinante*.

¿Cuál de ellas será?
¿La política, ó el lujo, ó la desvergüenza?

Progresá notablemente en su construccion la fábrica de papel que se está levantando en las inmediaciones de Villalba por la sociedad *La Estrella industrial*, bajo la razon social Soria, Fernandez y compañía.—Esta fábrica de papel tan cerca de Madrid, está destinada á prestar un gran servicio á las industrias de que aquella es poderoso auxiliar, y que la probidad reconocida de las personas que están al frente de la Sociedad, es una garantía inmejorable para las personas que se han interesado en esta empresa industrial.

Pues señor, los periódicos hablan estos dias de próximos trastornos, y la gente pacífica, la que no perte-

nece, ni quiere, á partido alguno, dice lo siguiente: — ¡Válgame Maria Santísima!... ¡Estamos frescos! ¿Cuándo estaremos en paz?...

— Yo no lo siento por mí, sino por mis dos hijos.
— Lo que yo siento es que no se pueda trabajar, y mi mujer y los chicos tengan que pasar hambre....

— Pues si hay trastornos, ahora que he traído una remesa de géneros, y no los puedo pagar, me he divertido.

Y en tanto la política navega por el piélago inmenso del vacío.

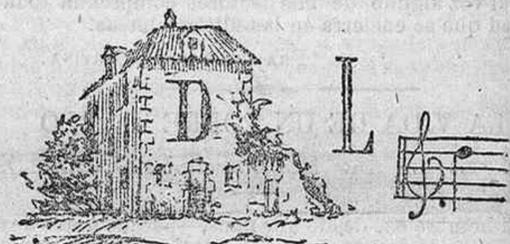
En desagravio de la vindicta pública, que á veces se ofende en algunas, aunque pocas, tiendas de esta córte, se nos dice que, en el proceso verbal seguido ante el celoso teniente de alcalde del quinto distrito señor Bengoechea, por ofensas inferidas á una respetable y conocida familia de esta córte por el dueño de una platería de la calle de la Montera, en su misma tienda, ha sido sentenciado éste á diez dias de prision, diez duros de multa y las costas.

El dueño de la platería supuso que se le habia sustraído una sortija, que se halló despues en su misma tienda, y en vez de dar satisfaccion cumplida á las señoras á quienes ofendia con aquella suposicion, y á un hijo y hermano de estas que fué luego á pedirselas con los mejores modos, insistió en la ofensa, dando lugar á una escena desagradable.

Una familia catalana, procedente de Barcelona, que se halla en la última miseria, implora el auxilio de las personas caritativas. Habita calle de San Juan, núm. 58, piso 4.º

Un matrimonio desgraciado con tres hijos, uno de ellos enfermo, así como la madre, que se halla postrada en cama, y el marido cesante y sin sueldo, implora la caridad pública en su inmensa desgracia, y suplica á las almas caritativas que quieran favorecerles, se dirijan al señor Capellan beneficiado de la parroquia de San José, don Antonio Fresneda.

GEROGLÍFICO.



Roda

ANUNCIOS.

LA CAZA.

REVISTA DE LOS CAZADORES.

Se publican mensualmente tres números y una elegante lámina litografiada. Con el número del 30 de este mes termina el primer trimestre de la publicacion.

Cuesta cada trimestre 15 rs. en Madrid y 16 en provincias, por sellos ó libranza al administrador de *La Caza*, calle de la Estrella, 9, bajo. En Madrid basta avisar por el correo interior.

En diez y nueve mil reales anuales se alquila el cuarto principal con cochera de la casa de nueva construccion, calle del Piamonte, núm. 6. Consta de muchas y elegantes habitaciones, con dotacion de agua de Lozoya, magnífica entrada y escalera decorada con gusto. Le manifestará el portero, y para tratar de condiciones, en el cuarto 3.º de la derecha de la misma.

Papel pintado y transparentes.—Novedad y baratura en todas clases; decoraciones, adornos y colocation esmerada.—Calle de Tetuan, núm. 1.

Novedades de la estacion.—Lanillas listadas Nde última novedad á 2 1/2, 3, 3 1/2 y 4.—Indianas claras y oscuras, 2 y 1 1/2 y 3.—Percalinas superiores 2 y 2 1/2.—Orleans negros de 4, 5, 6, 7 y 8.—Percalles ingleses floreados, 3 1/2.—Hamburgos y madapolam, 2 y 1 1/2, 3 y 3 1/2.—Pañuelos de Manila bordados, los hay desde 80 á 3,000 rs. Postas, 32, al lado del portal de la Virgen.

Por lo contenido en este número.

F. Perezaga.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel.

A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.